

EL MAR COMO «ESCUDO PARA LA PELEA»
EN *LA ESPERANZA ME MANTIENE* (1959)
DE PEDRO GARCÍA CABRERA

Diego Batista
Weber State University

En la obra de Pedro García Cabrera (1905-81), uno de los escritores canarios investido con el apelativo de «poetas del mar», debido al uso que hace de los elementos e imaginario marino, notamos a menudo la relación existente entre el texto mismo y el símbolo marino como tópico para la definición o enunciación de la identidad insular. A través de la obra emerge el tema del mar, no solamente como paisaje y medio de comunicación sino como símbolo de aislamiento. Y es en sus poemas, que García Cabrera pugna por realizar su deseo de esclarecer, a través de la escritura, ese esquivo concepto de «canariedad» “como conciencia insular atrapada en un doble cerco, histórico y geográfico”.¹ Según Alicia Llarena, «García Cabrera insiste en despojarnos de dos ‘errores capitales’: creer que regionalismo se opone a universalismo, y confundir lo universal con lo popular» (18-19) al mismo tiempo que reclama la «justa valoración» y «una necesaria armonía entre lo universal y lo local [...] para que el acento insular pueda escucharse, original y propio, en el escenario global, contribuyendo al mismo con elementos autóctonos desde nuestra tradicional mentalidad abierta» (19). En este trabajo, realizaremos un breve estudio del poemario *La esperanza me mantiene*, escrito en 1959, enfocándonos en cómo el mar, como espada de doble filo, se transforma a la vez en límite geográfico y espacio sin fronteras. De esta manera, el poeta canario puede sumergirse en él para establecer una nueva historia y tradición que llene los espacios literarios olvidados de la insularidad canaria. El enfoque de este trabajo será la actual relación entre el poemario *La esperanza me mantiene*, y el simbolismo marino

¹ Fernández Hernández, Rafael. “El mar en la literatura de Canarias: Paisaje e interpretación literaria”. *La Gaceta de Canarias* (Santa Cruz de Tenerife). Septiembre-octubre, 1991.

HPR/75

tanto como herramienta para definir y enunciar la identidad insular así como arma de denuncia social.

El poemario *La esperanza me mantiene* está encabezado por una copla popular, de origen desconocido, que el poeta seguramente escucharía cantar a su propia madre durante su infancia en la isla de La Gomera. Esta copla popular, fuertemente arraigada en la cultura del pueblo canario y que es considerada, según algunos críticos, como la más hermosa que jamás se haya escrito sobre el tema de la desesperanza, dice

A la mar fui por naranjas
cosa que la mar no tiene;
metí la mano en el agua,
la esperanza me mantiene.²

Estos versos, que encabezan la edición original del libro de García Cabrera, no solo sirvieron como base para el título del poemario o para, como veremos a continuación, darle forma y ordenar su estructura interna, sino que como veremos en nuestro análisis, inspiraron al poeta a utilizarlos como metáfora del sentimiento general que existía entre aquellos que se oponían al franquismo y que, durante la Guerra Civil, combatieron en el bando de los republicanos. El poeta, junto a sus compañeros de lucha, espera anhelante el día en que el mar traiga hasta las playas de Canarias (y por asociación, el mundo) los frutos de la libertad y la justicia. De esta manera, al darle al mar cualidades que no le pertenecen, en este caso con la atribución de las naranjas, éste se convierte en el cauce donde el poeta vierte sus ilusiones y expectativas, convirtiéndose en la fuente esperanzadora que traerá algún día las buenas nuevas para todos los combatientes.

Este sentimiento libertario a través del mar, muy presente en la escritura de compromiso social de esta época, no era nuevo en la poesía de García Cabrera y aunque la esperanza, como tema tiene vital importancia en mucha de la obra de Pedro García Cabrera, no es hasta

² Según Belén González Morales en su trabajo «La influencia popular en la obra de Pedro García Cabrera», además de en Canarias, se han encontrado variantes de esta copla en Andalucía, Asturias y México (pg. 133).

HPR/76

La esperanza me mantiene, escrito después de haber pasado casi una década en prisión por sus ideologías políticas y durante el «fascismo» reinante en los años de posguerra, que ese sentimiento esperanzador se hace aún más vigente, más radical al verse alimentado por la situación actual de la nación. El libro de García Cabrera se aúna a los deseos de libertad de escritores de su tiempo, como Blas de Otero o Gabriel Celaya, que plasmaron en sus obras la misma denuncia a la opresión de la situación política española. Aunque la obra recibió los elogios de Artur Lundkvist y Vicente Aleixandre³, su discurso retórico en pos de la justicia y ansia de libertad, fueron elementos suficientes para que la censura secuestrara su publicación ya que el mar que García Cabrera defendía, como el mismo poeta indicó durante una entrevista a Nilo Palenzuela en 1985, era un mar identificado con la libertad (Padorno 10). Aún así, Pedro García Cabrera nunca buscó el exilio ni siguió los pasos de otros escritores que publicaron desde fuera de las islas. El poeta se quedó en Canarias y desde ahí defendió lo mejor que pudo su pensamiento político bajo la mirada vigilante de la censura franquista haciendo uso, muchas veces, de ese «escudo para la pelea» como lo describe Pérez Minik en el prólogo a *A la mar fui por naranjas* (Edirca 1979, 22) que la imagen del mar le ofrecía para manifestar su íntima visión del existir insular ya que, como señala el crítico Luis León Barreto en su artículo «El mar en la Poesía de Tomás Morales y Pedro Garcías Cabrera», «su largo cautiverio y sus heridas íntimas le hicieron fraguar otro concepto del mar canario, mar de las quimeras, símbolo de la angustia humana» (229).

Basándose en la copla ya mencionada, García Cabrera transpone la realidad física de las naranjas dándoles ahora valor metafórico. Éstas pasan a convertirse en la imagen simbólica de cada una de las esperanzas del poeta. El mar, entonces, se convierte así en el confidente de la voz poética, el medio por el cual éste expresa sus anhelos más íntimos y por el que busca la culminación de todas sus esperanzas: su deseo de renacer, de encontrar su voz, de hallar la paz, la

³ «Su rico verso se despliega con algo de la ola del mar que usted invoca, y nos cubre y en cierto modo nos hace. Ha logrado vd. aquí un poema completo, con unidad de voz, de intención y de estilo». Carta de Vicente Aleixandre a Sr. D. Pedro García Cabrera. Publicado en la prensa de Tenerife, el 27 de julio de 1959.

HPR/77

infancia perdida, la patria... A través de la acción de meter la mano en el agua en busca de naranjas, el poeta interpela con el mar para que éste le conceda cada uno de sus deseos, a pesar de que en el fondo, sabe que ninguno de ellos le será otorgado. Aún así, el sujeto lírico mantiene la esperanza. Si por un lado Domingo Pérez Minik comenta que el hecho de meter la mano en el agua equivale a comprometerse con la ética, con la democracia, con los ideales del humanismo,⁴ para Jorge Rodríguez Padrón, la poesía de García Cabrera mantiene «la distancia suficiente para entablar una relación dialógica con [la] realidad» (11). Así, durante el proceso de comunicación metafísica con el mar, el poeta introduce toda una serie de elementos que van a configurar su orbe poético, y que incluyen la guerra, la realidad de la isla, la política, las dificultades ante la palabra y las frustraciones personales del poeta, entre otros.

Nueve de las doce composiciones que componen *La esperanza me mantiene* llevan el mismo título, «A la mar fui por...», mencionando a continuación el objeto que el poeta anhela y al que dirige toda su atención: mi voz, mis amigos ahogados, la paz, mi infancia, un hijo, la libertad, un sueño, mi patria y mis islas. Sólo en la primera y penúltima composición «En la mar vuelvo a nacerme» y «A la mar voy todavía» respectivamente, se modifica o interrumpe la estructura del poemario. A su vez, todos los poemas terminan con el verso «Con la mano en el mar así lo espero», excepto el penúltimo arriba mencionado, que culmina de manera un tanto diferente, «Aún mi mano en la mar, así lo espero». El poemario además finaliza con la respuesta del mar a los deseos de la voz poética en el «Soliloquio de la mar» donde el mar, completamente personificado, adopta la posición del yo lírico y concluye de forma rotunda con la frase que es a su vez, el último verso del poemario: «con la mano en el pecho así lo espero».

En «En la mar vuelvo a nacerme», poema inicial del libro, la voz poética declama para todo individuo una necesidad tan imprescindible como sublime, la de renacer. Este nuevo nacimiento se produce desde una «habitación a oscuras, construida en la playa, con la puerta en la mar». Desde el comienzo, la mar aparece como figura

⁴ Citado en «El mar en la poesía de Tomás Morales y Pedro García Cabrera» de Luis León Barreto, pg. 231.

HPR/78

creadora, que no sólo actúa como protección para el vientre de «cuatro paredes» que existe en sus aguas, sino que es además la fuerza materna que «mece su canastilla de espumas». Pedro García Cabrera logra reflexionar desde ese refugio que la mar le otorga, ya que según Miguel Martínón en «El mar en la poesía de Pedro García Cabrera», «el poeta piensa desde la soledad, desde [la] oscuridad [...] desde un ámbito familiar que lo protege y ampara frente a la situación política» (11). De esa manera, el vientre es simbólicamente las islas donde el poeta vive y en esas islas, el isleño es un niño «que aun no sabe llorar ni se babea ni se orina los zapatos».

Aunque el silencio en que se encuentra encerrado el yo poético también sirve, según el poeta, para hacerlo crecer y darle fortaleza y constituye además toda la riqueza que el canario posee, no es suficiente para que éste permanezca atrapado entre las cuatro paredes ya que en la isla «nada aquí tiene semblante» y en definitiva, la situación del habitante no sufre alteración pues «todo yace posado». En 1979 Esteban Amado publica unas declaraciones de García Cabrera donde el poeta, entre otras cosas, confiesa que «cuando el hombre rompa con todo», refiriéndose a la confusión que lo rodea, las grandes represiones, y las estructuras culturales «llegará a ser el creador, no de su futuro, sino de su propia libertad» (citado en Martínón 48). García Cabrera depone de esta manera su creencia de que el canario, como ser insular, debe «escapar» de la tierra que lo ama y que éste ama a su vez, y entregarse a la búsqueda de una identidad más amplia.

En su empeño por crear un nuevo ser universal, diferente al ser insular que se había intentado definir en épocas anteriores, García Cabrera profesa su anhelo de que el pueblo canario renazca «como un pez de toda soledad», de la tierra que tanto lo ama y que a su vez lo delimita, directamente al mar «que no muere ni enterramos nunca», un mar sin límites ni fronteras que le ofrezca al isleño tanto libertad como universalidad. Al mismo tiempo, se adivina en los versos de este poema, la idea de que el español, habitante en una época de «encarcelamiento» tanto físico como simbólico, necesita renacer de la tierra, adentrarse en el mar universal que lo rodea, dejar de ser ese niño babeante e inocente que obedece las leyes establecidas y combatir, a partir de ese nuevo nacimiento, las injusticias que atosigan el equilibrio natural de la nación.

HPR/79

En el segundo poema, «A la mar fui por mi voz», la voz poética parece expresarse, una vez más, desde la orilla misma confesando sus anhelos a través del pensamiento. En una época en que el brazo del poder continuaba su inflexible labor de destruir los deseos de cambio y justicia social en la nación, García Cabrera lanza su voz a esa «mar a la que [ha] buscado», como símbolo de resistencia, en un intento por mantenerse en pie, con la cabeza erguida, durante el trágico combate por una vida digna y libre. A través del acto de buscar naranjas en la mar, aunado a su deseo de encontrar la esperanza en el borde de cada acantilado, el poeta reivindica el derecho más elemental de todo ser humano: el de la palabra. Pero este derecho no puede ni debe profesar palabras que «recuerden las aguas heladas en el fondo de un lago» o «que vayan a un entierro», es decir, palabras muertas o ahogadas que se deshagan en el viento o a través de la distancia y que no sirvan para crear una reacción de cambio. Esas palabras son vanas e inútiles en una época en la que se requiere el poder de la palabra unido a la acción, es decir, «palabras que madruguen», «que se carguen al hombro las piedras del trabajo», y que, en definitiva, sean palabras hacedoras y no sólo palabras huecas y faltas de significado político o social.

En cambio, la voz poética le ruega a la mar que le de fuerza a sus palabras, que la llene «de retumbos y de olas», que la llene del mar mismo. La elección, por parte del poeta, de un léxico cargado de ruido, fuerza, movimiento y acción sirve para ejemplificar su denuncia por mantener vivo el poder de la palabra (la palabra como un tigre, que suene como «calles llenas de gente», como «aguaceros sobre planchas de zinc», que embriaguen, que crujan, que abriguen, que ardan y que «muevan las caderas igual que una muchacha»). Cada una de estas imágenes crean una visión de la palabra capaz de efectuar el cambio necesario y deseado, capaz de «levantar ciudades» donde los hombres coexistan «sin sentirse enemigos». El poeta busca, últimamente, la palabra que logre la paz para todos los habitantes, no sólo de sus islas sino del mundo entero. Y al mismo tiempo, al final del poema, el poeta se adjudica un lugar de honor para sí mismo al designar a la poesía como la fuente donde, invencible, siempre ha residido la esperanza, esa esperanza que mantiene a combatientes, como el mismo García Cabrera, con la fe y el empeño de seguir luchando con la mano

HPR/80

sumergida en la mar, para «sacar de las redes el seno de naranja que tiembla en la desnuda poesía».

En el tercer poema, «A la mar fui por mis amigos ahogados», el poeta evoca los desastres de la guerra y se dirige a la mar no sólo para buscar consuelo sino para reclamar justicia y rescatar también la memoria de sus amigos ahogados. En declaraciones a Cecilia Domínguez Luis, el poeta afirma que «los canarios, lo esperamos todo del mar y, por lo tanto, es un elemento clave este de que nuestro paisaje marino sea, al mismo tiempo, esperanza en la que estamos buscando unas naranjas, que la mar no tiene pero que aún seguimos buscando» (citado en Martínón 49). A través de este poema, de forma profundamente humana y con una gran riqueza de lenguaje, García Cabrera expresa sus deseos, exteriorizados en las naranjas que prodigiosamente desea arrebatarse a la mar, de recuperar para sí mismo y para el mundo, la memoria de los amigos perdidos durante o a causa de la lucha.

Después del levantamiento militar de 1936, el poeta Domingo López Torres, uno de los amigos más cercanos al poeta con el que éste había colaborado en muchas ocasiones, fue confinado al campo de concentración de Fyffes. En 1937, cuando sólo tenía veintinueve años, varios miembros de la Falange lo sacaron de Fyffes, junto con otros compañeros, para arrojarlo al mar metido en un saco.⁵ Éste fue sin duda uno de los ejemplos más próximos al poeta de las muchas muertes que la guerra reclamó para sí, a partir de la sublevación militar de 1936. Las palabras de García Cabrera «devuélveme su muerte al menos, su muerte es mía y no te pertenece», sirven para denunciar los crímenes producidos durante esta sangrienta guerra civil. A diferencia de los otros poemas del libro, el poeta no se dirige a un mar amigo o

⁵ Fyffes fue el primer campo de concentración español, ubicado en los locales de una empresa dedicada a la producción de plátanos. Allí se acomodaron a miles de canarios en condiciones inhumanas. De vez en cuando, recibían la visita de las «brigadas del Amanecer» constituidas por elementos de Falange y de la CEDA local que sacaban a los reclusos y les daban «paseo», con la ayuda de los militares que vigilaban las instalaciones.

HPR/81

compañero de juegos, ni siquiera al tierno confidente de sus anhelos, sino que encauza su ferviente súplica a «toda mar sin nombre», a una mar desconocida y arisca, que «no tiene un pedazo de playa», que no ha explorado nunca nadie, ni velero ha surcado sus aguas, un «mar sin destino, mar de espejo sin nadie» que sólo es «un mar del olvido a ciegas, mar del mundo al revés, mar sin tiempo ni infancia». Y no importa cuán imposible sea la viabilidad de encontrar lo que busca en esa mar, que ni siente ni padece por los sufrimientos de los hombres, la voz poética continúa implorándole a esa mar, que no «entiende el lenguaje de naranjas» que el poeta espera.

Pero esa «mar sin dolor» es el único ser al que el yo poético puede dirigir sus ruegos. No le quedan al poeta otras puertas a las que ir por ayuda y por tanto, en su lucha por restituir las injusticias de un pasado no muy lejano, García Cabrera arroja a lo infinito del mar sus esperanzas. El poeta reconoce la fuerza de la mar, sabe que es la fuente de toda la vida que «se arrastró» y «salió del seno de las algas» y que sólo los brazos de la mar «pueden dar con ellos». Acepta el hecho de que en los canarios perdura todavía la raíz del mar, la sempiterna lealtad «a [su] rostro de agua» y ese «poco de arena que aún» los ciega. Y por eso implora, con toda la honestidad de su alma, que si la mar desea quedarse con la sonrisa o los ojos de sus amigos, que le devuelva al menos sus muertes para poder entonces: «subirlas a mis hombros, ponerlas en los anuncios de los cines» y por fin mostrarlas a los vendavales, las rocas, los pastores, los marineros, los veriles, las hogueras, las calandrias, y en definitiva, a todo el universo natural y humano, pero sobre todo a aquellos que buscan el consuelo y el sosiego que se alcanza con la denuncia y resolución pública de la injusticia: a los amigos.

En el quinto poema, «A la mar fui por un hijo», la voz poética contempla la mar y anhela el hijo que en la vida real el poeta nunca pudo tener. A través del poema, García Cabrera puntualiza las características de este hijo, el epítome de la nueva generación isleña que será el instrumento para lograr esa libertad largamente deseada por el poeta y todos aquellos que comparten su ideal político. La generación anterior, según el poeta, ya ha perdido «la sombra y los rumores, los silbos de color y las ojeras, los números de años y relojes» y «la tierra que habitamos». Sin embargo, este «hijo en cueros»,

HPR/82

desnudo de todo prejuicio y creencia preconcebida será ante todo «hijo de la mar», con el deseo y la fortaleza para «aprender de la espuma», es decir del mismo mar que le dio la vida, y que, ante todo y sobre todo, «ame la libertad».

De acuerdo al poeta, ambas características son imprescindibles para que este hijo metafórico, producto de la unión simbólica entre la mar y el sujeto poético, sea capaz de percibir la belleza de la naturaleza en el mundo que lo rodea (en los emigrantes, en los suburbios, en la alegría, en la pobreza, en la copa de ron, en el viento, en el grano de trigo, y en las cicatrices de la vejez) y que nunca desista en su ardua búsqueda de la libertad, persiguiéndola «sin dar paz a las nieblas del desprecio» y sin «temor a tener que defenderse», es decir, sin miedo a las posibles repercusiones que esta búsqueda de la libertad y la paz puedan acarrear debido a la situación política del país. El hijo que el poeta codicia será capaz de alzarse sobre todas las vicisitudes y albures de su momento histórico y vencerlos por medio de su indomable persistencia y deseo de justicia.

En este hijo enamorado del azul del mar, el poeta deposita parte de su esperanza pero además lo imagina como un ser universal a «quien le quepa entre los brazos la redondez de un mundo sin fronteras». De esta manera, García Cabrera invita a las nuevas generaciones, no sólo insulares sino nacionales, a que eleven el estandarte de libertad y justicia que el mismo poeta, junto a sus compañeros de lucha, han tratado de preservar en los últimos años.

En el sexto poema de la colección, «A la mar fui por la libertad», encontramos tal vez la representación más patente de, no sólo la ideología política del poeta, sino asimismo su sentimiento personal en cuanto a la vigente situación que oprime a su tierra. García Cabrera, como hombre universal, no sólo ve a Canarias como su patria, sino toda España y por antonomasia, el resto del mundo. Aparece, por vez primera, una visión más desesperanzada de la relación mar – hombre que hemos venido observando desde el comienzo del poemario. A lo largo del poema, el léxico utilizado por García Cabrera crea un monólogo más taciturno en la voz poética. Esta súplica desalentadora comienza con el verso «son ya tantas las veces que me has vuelto la espalda» y continúa a través del poema con una diversidad de sustantivos que forjan en el lector una imagen hasta cierto punto

HPR/83

abatida: infortunio, desprecio, heridas, sangre, cenizas y barrotes, exteriorizando de esta manera la paulatina desesperación que la invariable situación social causa en el poeta.

Descubrimos la razón de este decaimiento en el temor que sobrecoge al poeta de perder la fuerza de la palabra que, aparte de la mar, ha sido hasta ahora su única compañera. El poeta le ruega al mar que proteja de la «sombra y carbonilla que respira [a su] palabra». Vemos que a pesar de todo, y sin importar cuán desconsolado sea el lamento del poeta o cuáles las terribles circunstancias en que se encuentre, el yo poético prosigue su plática con la mar: «todo lo fío a tu amistad de cíclope» y «tengo en ti puesta toda mi confianza», una confianza que subsiste en el poeta tras haber aprendido y aceptado tres lecciones importantes. Primero, su origen marino: «bien tuyo soy: me expreso con tus iras y tus calmas», «tu sal me vive, tengo tus corales»; segundo, la brevedad y fragilidad tanto de la vida como del cuerpo: «vivo sobre un mendrugo de sangre pasajera»; y por último, la imposibilidad de recuperar el tiempo perdido: «mi oleada de tiempo no sabe remozarse para empezar de nuevo», enfatizando sobre todo el descubrir de los placeres en la vida: «la concha de una mujer desnuda» y una simple conversación sobre las nubes «con el árbol amigo».

Más adelante, y asumiendo su papel de intercesor, el poeta consciente de la momentaneidad del *carpe diem* apela al mar en nombre de las hogueras, los salmones, el sueño, los arenales, los caminos, los rebaños y la lluvia, enumerando así una serie de elementos comunes a cada uno de los habitantes de todas las naciones, es decir, un vocabulario universal que refuerza la importancia de recuperar esa libertad que es el derecho natural de todos los ciudadanos. La lista del poeta, sin embargo, finaliza con el verso: «mi rostro de ciudad bombardeada», y de esta manera, García Cabrera convierte lo propio en universal, es decir, logra crear una conexión o puente entre el macrocosmos del mundo y el microcosmos de la ciudad, logrando al mismo tiempo resaltar el desastre que la Guerra Civil ocasionó tanto física (en el aspecto exterior de las ciudades españolas) como emocionalmente (en la psiquis de sus habitantes).

Finalmente, en su lucha por recobrar la libertad perdida, el poeta hace uso del elemento emotivo para ganarse la simpatía de sus compatriotas. Por medio de los versos: «no quiero seguir siendo una

HPR/84

tierra sin nadie» y «ya es hora de que pueda devolverme a mí mismo, decir que tengo patria para dormir sin miedo», García Cabrera es capaz de crear un sentimiento de catarsis que obliga a la reflexión de todos los españoles al mismo tiempo que lanza su grito personal en pos de una rebelión interna. Porque la patria, no identificada en el poema, no sólo tiene que referirse a sus islas, sino que comprende toda la nación. Este miedo que no le permite dormir tranquilo es un miedo universal, bien por el hecho de que nunca cambie la situación actual del país, o bien porque ese preciado don que es la libertad, se adultere y desaparezca definitivamente de España, y por asociación, en el resto del mundo. Según Rafael Fernández, editor de la obra de Pedro García Cabrera «el mar es el referente principal a través del que el poeta anhela la libertad en un sentido amplio y también específico en una época de dictadura» (García 32). No es de extrañar entonces, que tras una lectura más minuciosa del poema, el libro de este poeta fuera secuestrado por la censura franquista poco después de su aparición.

En el séptimo poema, «A la mar fui por un sueño», el poeta recuenta las experiencias de un sueño reciente. Por primera vez durante el poemario, el poeta cambia de interlocutor, en vez de dirigirse a la mar, habla con un «vosotros» indefinido, que bien puede referirse a sus amigos o compañeros de lucha como a los lectores mismos. En el poema, la voz poética además sueña con la mar, y la imagina tal y como le gustaría que fuese, convirtiéndose de esta manera en un ser un tanto más activo que intenta por sus medios crear un futuro ideal en vez de esperar que la mar le conceda sus anhelos. El poeta sueña con un mar sin «ningún silencio puntiagudo», sin «la más leve arista de angustia» o «nieblas del fondo perdido de la memoria», regresa a una mar inicial, anterior a toda la injusticia que invade el mundo, un mar que «sólo tenía conciencia de que iba a nacer de nuevo» y estrechar la mano a los volcanes, a los barcos sin puerto, a los hombres que lloran y a las penas que salen por los caminos.

Sin embargo, García Cabrera no se imagina un mundo utópico donde todo es apacible y paradisíaco. En su sueño existen las penas, pero son penas naturales, penas que vienen de saborear la vida en su totalidad, una vida llena de libertad y experiencias humanas donde el albedrío sea una potestad innata y no un galardón ganado a la fuerza. Para el poeta, estas penas deben ser «penas felices como granos de

HPR/85

menta», «con labios de mujer», «tan naturales como ponerse la camisa» y sobre todo «penas de hombre sin miedo», como las olas, la hierba, los amantes que duermen juntos, los amigos, la lágrimas y las barcas. Los atributos que el poeta le concede a este mundo idealizado no son otros que los relacionados con un mundo en paz, «un mundo sin traiciones», donde todos los hombres, representados en el poeta, disfruten ese derecho a la libertad de palabra sin repercusiones, en definitiva un mundo que «no insulte los campos con trincheras ni nos recuerde que manamos sangre». Al utilizar el pronombre «nos» en vez de «me», García Cabrera vuelve a incluir al colectivo haciéndolo participe de su proyecto.

De esta manera, al introducir la última estrofa, la que contiene ese irrevocable anhelo de esperanza, «si ahora os lo cuento al levantarme es para que suceda y se haga carne un día» el poeta, concibiendo el hecho de que desear algo no es suficiente para que ocurra, le recuerda al lector que todos somos responsables de efectuar el cambio que el país requiere ya que los hombres guardan en su interior «toda la sal del mar...cantando como un pájaro» que los guiará en sus esfuerzos. Este deseo de libertad inquebrantable se hace aún más patente en este poema, ya que el poeta no sólo se dirige a todos los habitantes del mundo sino que abriga la esperanza de que ocurra «aquí y en los planetas a donde el hombre llegue», precisando ese sentimiento de universalidad tan característico en la obra de Pedro García Cabrera y que surge como nunca en *La esperanza me mantiene*.

En el octavo poema, «A la mar voy todavía», el sentir de la voz poética se rebela al percibir la indiferente apatía del mar: «dime tú, mar, ahora ¿a qué naranja he de tender mi frente?» Pedro García Cabrera, en un ataque de ira, tras suplicar consuelo de la mar, pero sin haber logrado la libertad anhelada, incluye este penúltimo poema del libro, donde enumera las escasas posibilidades que le quedan para lograr su objetivo si la mar no le otorga sus bendiciones: «¿debo arrancar de cuajo tus arenas, golpear tus rumores, escupir tus arenas, matar tus olas de gallina de oro que sólo ponen huevos de esperanza?» El poeta se percata de lo inútil de seguir buscando naranjas de esperanza en las aguas de un mar que lo contempla indiferente.

La voz poética opta por cambiar de táctica y salvaguarda en el poema el poder de la palabra poética misma: «no hagas naufragar a mi

HPR/86

palabra ni apagar el amor que la mantiene». Sin embargo, como el título de esta composición indica, no importa si la mar ignora las súplicas del yo poético, éste sigue dirigiéndose a la mar aunque sea para exponer, esta vez, su fe en la palabra como transformadora de la sociedad. Esta fe en la palabra, así como el empeño solidario de los poetas con el momento histórico que les tocó vivir, es una característica propia de la poesía social. Sumado a este rasgo, sin embargo, García Cabrera (siempre fiel «al rostro del agua») sigue manteniendo la esperanza de que, tarde o temprano, la mar traerá las naranjas del cambio hasta las playas de sus islas. De ahí que el penúltimo poema del libro no termine con el familiar verso: «con la mano en la mar así lo espero» lo que sería lógico si el poeta hubiera perdido toda ilusión, sino con un verso nuevo que todavía conserva vestigios de esperanza: «aún mi mano en la mar, así lo espero».

En el último poema, «Soliloquio de la mar», la mar, siempre fuerza materna, responde por fin a las súplicas y las acusaciones del yo poético contenidas en «A la mar voy todavía». Y sin embargo, su respuesta no ofrece la solución a las demandas contra la injusticia que eran la base de todas las esperanzas delineadas por la voz poética a través del poemario. La mar culpa a los hombres de haber «olvidado...la rompiente manera de llorar» de la mar. Un llanto que no es «de agua dulce», de «estanque prisionero» o «llanto de rodillas de un esclavo», es decir, un llanto que no origina cambios ni conduce a la resolución porque es un llanto dirigido «hacia lo alto de si mismos», y no «hacia los hombres». La mar desea que los hombres busquen ese llanto «que alcance el rojo vivo», que «taladre montañas, corte como una sierra y levante la copa como un árbol al viento». Un llanto activo, pues como vemos en las tres metáforas utilizadas por el poeta, el llanto no es sólo la acción de alzar la voz y derramar lágrimas sino que conlleva además el impulso de actuar para crear el cambio. Según la mar, hasta que los isleños no aprendan a llorar «como los niños», tragándose la rabia mientras hacen algo por alterar su situación, no ocurrirá la transformación.

El mar de Pedro García Cabrera no es, por tanto, el mar mitológico de poetas anteriores, sino un mar creador, un mar que está forjando la propia personalidad del hombre (Martinón 50). Pero además, no se dirige únicamente al yo poético que la ha convertido en

HPR/87

su confidente durante todo el poemario, sino que utiliza la segunda persona del plural («hoy me acerco a vosotros») para enfatizar la importancia del grupo ante el individuo. De esta manera, en el ideario poético de Pedro García Cabrera, se va consolidando un *nosotros solidario* al mismo tiempo que aparece, de forma paulatina el *ellos disgregador*. Y así, la mar incita a todos los hombres a elevar ese doloroso llanto que «os levante y os ponga en la cima de un dolor sin fronteras», (remarcando de nuevo esa idea de universalidad al describir un dolor sin límites territoriales), y éste, convertido en lamento unánime será el portavoz de la alegría. Esa será, según García Cabrera, la única esperanza que puede ofrecer la mar.

A través de su poesía política, García Cabrera intenta esclarecer y denunciar los problemas de la nación y fijar en la mente del pueblo canario una fuerte necesidad de cambio e influenciar de esta manera la orientación de una conciencia colectiva aún indefinida. Al hacer uso de una copla popular como base para su poemario, los escritos del poeta consiguen llamar la atención de un pueblo insular poco acostumbrado a los escritos de esta índole. Su poemario, sin embargo, actúa ante todo como herramienta para solidificar un sentimiento único y distintivo en la psiquis del isleño. Este sentimiento, que aún perdura en la conciencia colectiva de los canarios en nuestra época, los hace verse a sí mismos como seres con ciertas características particulares y distintas a las sociedades, pasadas y presentes, que los rodean y los confinan y que intentan definirlos desde una perspectiva externa.

La obra de Pedro García Cabrera consiguió despegarse, hasta cierto punto, de las estéticas literarias de su tiempo para profundizar en la naturaleza y posibilidades de una identidad insular que empezaba, a partir del Desastre del 98 y los avances del siglo XX, a descubrirse desde una perspectiva propia e interna. Los escritos de García Cabrera logran definir al canario como un hombre nacido de la tierra volcánica pero con ansias de descubrimiento más allá de las islas. Este deseo de desarrollo ensalzaba las particularidades del habitante isleño y lo dotaba de todas las características necesarias para su incorporación al universo sin fronteras de García Cabrera. La devastadora Guerra Civil española y el fuerte franquismo reinante en el archipiélago no permitieron que este sueño se realizara completamente entorpeciendo

HPR/88

así la creación de un legado literario propio para las siguientes generaciones de escritores canarios al crear una laguna estética en la literatura insular.

En definitiva, el mar como camino de evasión, puente de exploración o herramienta de lucha, sirvió en mano de los escritores del archipiélago para primero, delinear el sentimiento de aislamiento, soledad y marginalización que sufría el intelectual canario y por asociación, los habitantes de las islas en relación a la Península y segundo, como instrumento para la elaboración de los paradigmas que constituirían la base en la construcción del hombre canario como ser capaz de contribuir en la enunciación de su identidad. El mar, defensor y confesor de la voz poética, se convierte de esta manera en la representación simbólica de la figura paterna o materna, es decir la fuerza creadora e infinita que genera y fortalece al poeta, y la voz universal que le ofrece por un lado compasión y ternura y por otro frialdad e indolencia durante los arduos momentos en que éste se enfrenta a las pruebas y vicisitudes de la vida. Por medio de este proceso purificador, el poeta como representante del pueblo canario se autoevalúa, se refina y se consagra como portavoz de la conciencia colectiva insular.

Bibliografía

- García Cabrera, Pedro. *Obra selecta I*. Palenzuela, Nilo y Rafael Hernández Hernández, eds. Madrid: Verbum, 2005. Impreso.
- León Barreto, Luis. «El mar en la poesía de Tomás Morales y Pedro García Cabrera». *Revista de filología de la Universidad de La Laguna*. 1987-1988: 227-238. Impreso.
- Llarena, Alicia. «La conciencia del espacio: Pedro García Cabrera y el paisaje insular». *Hombre soy de las islas. Pedro García Cabrera*. Letras Canarias 2012: 18-19. Impreso.
- Martinón, Miguel. *Todo es azar: entrevistas y otros textos dispersos*. La Laguna de Tenerife: Instituto de estudios canarios, 2010. Impreso.

HPR/89

- Padorno, Eugenio. «Sobre un poema de García Cabrera». *Hombre soy de las islas. Pedro García Cabrera*. Letras Canarias 2012: 8-10. Impreso.
- Rodríguez Padrón, Jorge. «Apuntes: dos críticos ante la obra de Pedro García Cabrera». *Hombre soy de las islas. Pedro García Cabrera*. Letras Canarias 2012: 11. Impreso.